

## Despertar filosófico

---

Evidentemente la filosofía ha sufrido cambios fundamentales en sus direcciones en los últimos treinta años. No decimos que la filosofía haya cambiado en su esencia, pues la historia nos demuestra que ella nunca ha dejado de existir y, a través de toda la historia, puede seguirse su actuación: los problemas surgidos, desde que el mundo es mundo, desde que el pensamiento ha pensado, siempre han persistido y siempre son los mismos; filosofía, esa innata necesidad de comunicarnos con lo que nos rodea y, al comunicarnos, darle una explicación, referir nuestro individuo al todo, es el eterno problema del espíritu, siempre resuelto y siempre por resolver. El cambio a que nos referíamos tiene, pues, ese sentido histórico de nuevas tentativas para resolver los mismos problemas y, al mismo tiempo, del progreso que forzosamente debe obtenerse por la enseñanza de la historia, cumplido en las fases sucesivas de un mismo problema.

Y si hablamos de un despertar filosófico, también lo hacemos con la aclaración necesaria de entenderlo como un mayor interés por los problemas de la filosofía, mejores bríos para la lucha, más discernimiento en los elementos de crítica, puesto que, repetimos, nunca la filosofía ha dejado de operar y de operarse, nunca, empleando la metáfora del título, la filosofía

ha dormido. Pero como contraste con el periodo inmediato, estos últimos treinta años son un verdadero despertar...

Y tampoco afirmamos rotundamente que la filosofía ha quedado aletargada en ese periodo inmediato que se llama *positivismo*. Con toda la desorientación habida, con toda la tergiversación de los valores, con ese casi absoluto desconocimiento de la historia de los problemas, con esa falta de sentido crítico, etc., que informan al positivismo, la filosofía aún ha progresado, y el progreso, si con razón está desconocido como desarrollo de los verdaderos problemas de la filosofía, es decir, que positivamente no constituye ningún progreso por no haber nada construido, no puede dejarse de aceptar que el *positivismo* ha hecho progresar a la filosofía, negativamente o, mejor, indirectamente: con el fracaso de todos sus postulados, con la demostración de que su método es incapaz de llegar a algún resultado digno de tomarse en cuenta, que las ciencias naturales no pueden formar la base de la filosofía, etc., etc., se ha llegado a la conclusión — y esto es el progreso — de convenirse de esos errores, de reconocer esos descarrilamientos, y, al reconocerlos, se ha librado a la filosofía de todos esos estorbos o trabas. Al declarar su impotencia, al buscar nuevos rumbos o enrolarse bajo otras banderas (el seudo idealismo de Wundt, o, un caso diminuto, lo inexperiencial del doctor Ingenieros), el positivismo ha sido, por sus propias armas, reconocido como error y, en cuanto tal, superado por la filosofía, que no es más que la celebración eterna de la verdad que triunfa del error en su perenne lucha, y comprendido por el moderno *idealismo*, que, triunfante una vez más, entra nuevamente en la lucha con un enemigo secular menos; enemigo que, si bien en sus últimas manifestaciones, desde Spencer a Büchner y desde Comte a Ferri o Ferrero, etc., era adversario sin lanza (*andava combattendo ed era morto*), en cambio ha sido en toda la historia de la filosofía, el verdadero enemigo, por cuanto, como negación de ella, es donde más fácilmente se cae cuando el pensamiento es incapaz de mantenerse en las esferas arduas de la especulación.

Y es, en efecto, lo que ha pasado después de 1840: cuando la filosofía se había levantado a regiones muy altas, cuando

prometía dar rayos más vívidos y con nuevas fuerzas llevar más adelante a sus problemas, mientras Hegel era discutido en toda Europa y la pura especulación tomaba un puesto dignísimo, de pronto se notó como una desgana y un fastidio, un abandono, que llegó a ser completo, de la filosofía, y un descenso hacia el campo opuesto... ¡parecía la *barbaria ritornata*, predicada por Vico!... ¡No más metafísica!, era la consigna intelectual que desde Alemania cundió en toda Europa y América y, en su caída, la metafísica arrastraba a toda la filosofía... ¿Qué había sucedido? ¿A qué se debía tal crisis? Esto acaecía naturalmente, por haberse terminado los grandes contrastes ideales que habían acompañado e inmediatamente seguido la revolución y las guerras napoleónicas, radicalismo y tradición, racionalismo y religión, intelecto y razón especulativa, fantasía y filosofía, y por el componerse de las ideas de la nacionalidad y de la libertad, que dieron lugar a un general arreglo burgués-constitucional: de allí el prevalecer del interés por las ciencias físicas y naturales, promotoras de la industria y del bienestar, y por las ciencias empírico-sociales, aptas a resolver, por la experiencia y la comparación, dificultades de técnica social (Cfr. Croce-Crítica, XVII-11-79).

En Italia, por ejemplo, se olvidaba a Vico y a Hegel; el símbolo, diríamos, Vico-Hegel iba como obscureciéndose y las promesas por la labor iniciada se esfumaban; surgió, como opuesto, Galileo, "convertido de físico en metafísico y hecho consejero del verdadero método que tenía que seguirse en los estudios históricos y morales" (ibid.). Y los mismos cultores de la filosofía: Spaventa, De Sanctis, etc., y sus discípulos: Villari, D'Ancona, Bartoli, Imbriani, etc., se olvidaron de sus maestros o se limitaron a defenderse en sus puestos conquistados. Y así en toda Europa calló la filosofía y los Spencer. Comte, Stuart Mill, Sergi, Lombroso y toda la corriente alemana, inundaron la humanidad con sus pseudo-filosofías, que tomaron increíble incremento, debido al momento histórico en que aparecieron. Y triunfó aparentemente el positivismo y parecía, por momentos, que todas las soluciones iban a conseguirse con el multiplicar de los gabinetes de fisiología, con el enseñoreamiento de la biología y con la aparición de una falsa

ciencia: la sociología, y de un hibridismo: el materialismo histórico. Así vivió la humanidad por un período de cerca 50 años, 1840-1890.

Pero toda acción tiene su reacción. La filosofía que, aunque olvidada, no se había “dormido”, fecundaba en silencio sus problemas y en tiempo oportuno había de tomar nuevamente el puesto tan desgraciadamente usurpado. Y el momento se presentó cuando el positivismo anunció, por su propia cuenta, su fracaso: las promesas no se cumplían, esas soluciones con tanto alboroto anunciadas nunca se formulaban, las ansias del pensamiento no se satisfacían, la desertión de sus filas de los más fervientes propulsores, las mismas condiciones de los pueblos, que habían cambiado por su unidad política, etc. . . ., hicieron que las almas fatigadas por tanta espera angustiosa e inútil, abandonarían el positivismo y las ciencias naturales, por incapaces de llegar a alguna solución valedera. Con el abandono, no todos pudieron o supieron volver a la antigua tradición filosófica, muchos cayeron en abstracciones: matematismo, intuicionismo, misticismo y hasta filosofismo; otros se suicidaron mentalmente, entregándose en brazos de la Iglesia, depositaria de sus antiguas creencias; pero hubo individuos de pensamiento vigoroso y ánimo viril que protestaron por el valor del pensamiento mismo y por sus derechos indiscutibles para la filosofía. Y fué en Italia principal y primeramente donde esa bandera se izó y fué en la risueña Nápoles, la ciudad creída solamente capaz para el canto ingenuo o el alboroto mundanal, donde se verificaba vigorosamente esa reacción. Fueron los “hegelianos de Nápoles” — así burlescamente señalados — quienes anunciarían el nuevo renacimiento, el despertar filosófico, cuyos reflejos recién van llegando a nuestro país. Y fué Benedetto Croce, “napolitano di Napoli” — como él contestaba a la pretendida burla — y fué Giovanni Gentile, los portavoces de la resurrección de la filosofía.

Al aparecer *Crítica*, en 1902, Croce, director, entre otras cosas declara que habiéndose disciplinado, en Italia, el método de la busca y de la documentación, él es un leal fautor de lo que se llama *método histórico* o *método filológico*. Pero cree que tal método no basta y que es necesario despertar el espiri-

tu filósofo; y como la filosofía no puede ser sino idealismo, él es partidario del *idealismo*, y como éste procede, ahora, con más precaución y quiere dar cuenta de cada paso que mueve, bien puede llamarse *idealismo crítico* o *realístico* y hasta "cuando por metafísica se entiendan las formas arbitrarias del pensamiento", *idealismo antimetafísico*. Esa revista no dará cuartel a esas muchas personas geniales que, no curándose de la historia de las ideas y de los hechos, pretenden resolver arduas cuestiones sobre las cuales el hombre ha trabajado durante siglos. Tampoco a aquellos (naturalistas y eruditos, o pseudo-naturalistas y pseudo-eruditos) que, "asumiendo un tono de gente positiva, desprecian toda tentativa de pensamiento filosófico, todo esfuerzo del hombre para adquirir plena conciencia de su ser; excepción hecha del filosofar por su cuenta sin estudios y sin madurez, y del pretender imponer casi subrepticamente su filosofía de mala proveniencia, juntada a pedazos por la calle, como puchos de cigarros apagados". Y será adversa a las corrientes místico-reaccionarias o jesuítico-voltairianas, etc. Los lectores informados saben si ese programa se ha cumplido y de la labor de Croce.

Pero ya en todas partes el positivismo sonaba a bancarrota y la filosofía ocupaba su puesto. En Alemania, en Francia, en Inglaterra, corrientes adversas al positivismo se habían levantado; en España misma Menéndez y Pelayo se inclinaba hacia un idealismo metafísico, y hasta en Estados Unidos de Norte América, la nación que parecía no poder dar más que a James, el idealismo tenía en la mentalidad de Josiah Royce un conspicuo representante que formulaba, como superación de Schopenhauer, Kant, Fichte y Hegel — el cuadrilátero filosófico alemán — una *Cuarta Concepción* del ser y su "Filosofía de la Fidelidad".

Así es que con la aparición de Croce y Gentile, ya la humanidad respiraba nuevos aires y mérito de ellos es el de haber sistematizado sólidamente sus teorías y ser los representantes más personales de una nueva era filosófica que sería, ligándose a la tradicional filosofía idealista, el nuevo y verdadero retoño.

Meditar sobre esta resurrección es nuestro deber. Si Ortega y Gasset dejó algunas semillas que han producido cierto movimiento de escaso interés, no debemos creer que hayamos despertado, o despertado bien. La filosofía duerme, entre nosotros, un letárgico sueño y nuestro pensamiento no actúa. Es menester que ese despertar sea un brote, repleto de savia, que una plena conciencia nos asista y que cuidemos no se nos achaque lo que al positivismo: pretendida filosofía ignorante de filosofía.

JACINTO J. CUCCARO.